

tes á sus altos y copudos pinos, en la novela más famosa del mundo!

III

VIAJE DE FELIPE IV Á ANDALUCÍA

Por los años de 1619, al regresar de Portugal el rey don Felipe IV, tenía el propósito de visitar la región andaluza; mas frustrósele una grave enfermedad que le sobrevino en Casarrubios. Cumplió este deseo poco antes de la primavera de 1624. Los que experimentamos cuán cómoda y rápidamente se viaja ahora, apenas podemos darnos cuenta de cómo y con qué molestias y lentitud se viajaba antaño, ni de los amargos percances que solía ofrecer por regalo, hasta á los reyes mismos, una caminata como la de Madrid al Bosque de Doña Ana, aun con descanso de semana y media en Sevilla. Hoy ese viaje cuesta á don Alfonso XIII la insignificante contrariedad de dormir fuera de su palacio una noche, mientras el tren, resbalando velocísimo por la doble hilada de rieles, devora el medio millón de metros que separa á la Coronada Villa de la alegre ciudad de la Giralda. Y de allí á Sanlúcar, por el Guadalquivir, un rato delicioso. Doscientos ochenta y cuatro años atrás, ahora acabaditos de cumplirse, costó ese mismo viaje á Felipe IV y á su nume-

roso séquito lo que van á saber mis lectores, ó á recordarlo si es que lo sabían.

Salió de Madrid el Rey el día 8 de Febrero de 1624, con malísimo temporal de vientos y lluvias, que raras veces remitió en los catorce días que duró el viaje hasta Córdoba. Formaban parte de la comitiva el Conde de Olivares, el Nuncio, el cardenal Zapata, el Patriarca de las Indias, el Duque del Infantado, los Condes de Alcaudete, Barajas, la Puebla, Santisteban y Portalegre, el Almirante de Castilla, los Marqueses del Carpio, Orani y Belmonte, el Confesor del Monarca, los predicadores Paravicino y Pedrosa, y muchos personajes más, y muchísima servidumbre, alta y baja, así del Rey como de los grandes, y entre ella, tres barberos de cámara, un carpintero, dos músicos, tres médicos, dos sangradores, tres cirujanos y un algebrista, este último para concertar los huesos que se desconcertasen en vuelcos de coches y en descabalgos fortuítos; y á fe que algunas ocasiones se le ofrecieron para usar su oficio y facultad. Y en cuanto á la bucólica, S. M. llevaba consigo lo de costumbre en tales viajes: el panadero de boca, el oblier, cuatro de la panetería, dos frutieres, el bizcochero, el confitero, dos del guardamangier, dos ujieres de viandas, el comprador, el potagier, el busier, dos cocineros, cuatro ayudantes, cinco mozos, seis galopines, el pastelero y el aguador. Acompañaban y custodiaban al Rey y á su comitiva tres escuadras de las guardas de archeros, tudescos y españoles,

y además un alcalde de corte, alguaciles, monteros y ballesteros. Don Francisco de Quevedo era también de la partida, y á su inimitable pluma debemos una donosísima relación de las primeras jornadas de aquel viaje: la festiva carta que en 17 de Febrero escribió desde Andújar á su amigo el Marqués de Velada.

El Rey y su comitiva caminaron el jueves 8 de Febrero hasta Aranjuez (siete leguas), "donde anocheció con tan gran agua—dice una relación del viaje, la de don Jacinto de Herrera y Sotomayor—, que mucha de la gente no pudo llegar, y para recogerla y proseguir sin desorden, S. M. se hubo de detener allí el viernes siguiente, que gastó en montar, por no dejarle nada al ocio". Quevedo fué de los rezagados; él nos lo dice: "Volcóse el coche del Almirante; íbamos en él seis; descalabróse don Enrique Enríquez; yo salí por el zaquizamí del coche, asiéndome uno de las quijadas, y otro me decía: "Don Francisco, deme la mano", y yo le decía: "Don Fulano, deme el pie." Salí de juicio, y del coche. Hallé al cochero hecho santiguador de caminos, diciendo no le había sucedido tal en su vida. Yo le dije: "Vuesa merced lo "ha volcado tan bien, que parece que lo ha hecho "muchas veces."

El sábado 10, después de almorzar en Aranjuez, el Rey, con nieve, granizo y aire, fué á dormir á Tembleque (ocho leguas), en donde le recibieron con una suiza (festivo alarde soldadesco); "que esto, cohetes, luminarias y danças fué lo general

de todos los lugares por donde pasó. Corrieron toros en la plaza, tan bravos, que el postrero mereció ser trofeo de su escopeta". Y el domingo 11, después de comer en Tembleque, fué á dormir á Madrideojos (cuatro leguas), y de allí el lunes 12 á comer á Villaharta (una legua) y á dormir á la Membrilla (cinco leguas), "donde el sueño—habla Quevedo—se midió por azumbres, y hubo montería de jarros, donde los gaznates corrieron zorras". El martes 13, á pesar de ser 13 y martes, no hizo mal día; pero después de haber comido el Rey en Alcubillas (cinco leguas), fué trabajosa la noche, porque, yendo desde allí á los dominios quevediles, á la Torre de Juan Abad (tres leguas), el trecho desde Cózar á la Torre (una legua) estaba "tan lleno de pantanos, que se sembró de coches, acémilas y carros, que tardaron hasta la mañana en acabar de salir de entre los barro y gran nieve que les sobrevino". Quevedo indica bien á las claras, entre veras y burlas, su pobreza y la del lugar: "... partimos—dice—para mi Torre de Juan Abad, donde para poder S. M. dormir, derribó la casa que le repartieron: tal era, que fué de más provecho derribada. Aquí *el Caballero de la Tenaza* se recató de todos", claro que para no verse precisado á tirar la casa por la ventana.

Desde la Torre, el día 14, miércoles, fué el Rey á comer á las ventas de los Santos (cinco leguas) y á dormir á Santisteban del Puerto (tres leguas), "donde el Conde—dice Quevedo—tuvo al Rey muchas lamparillas, y por un cordel unos kiries

de cohetes, que venía uno, y respondía otro, y luego otro; y luego salió un toro á chamuscarse. Hubo chirimía de acarreo, caballeros de Úbeda y Baeza, mucho linaje arredrado al tapiz, abundante refaición, presente numeroso por todo el estado, tiendas con pan, queso y vino. Vasallo sonoro, llamando, exhortaba á los pasajeros; doliéndose, á los señores: "Por amor de Dios—decía—, tomen "refresco del Conde de Santisteban." La gente acudía con facilidad; desataban el pellejo, no tenían vaso, y por no beber en el sombrero, dejaban el vino, y con él el queso y pan; porque pan y vino y queso son chilindrón legítimo."

El jueves 15, luego que comió el Rey en Santisteban, fué á dormir á Linares: siete leguas que fueron nueve, porque tuvo que rodear dos, á causa de no estar vadeable el río. "Fué la tarde de mucho aire, y cerró muy oscura la noche, en una cuesta donde no valían hachas. Atascáronse muchos coches, carros y acémilas." Con más pormenor y festivamente lo decía Quevedo: "Del condado pasamos á Linares, jornada para el cielo y camino de salvación, estrecho y lleno de trabajos y miserias... íbamos en el coche juntos don Enrique y yo, y Mateo Montero y don Gaspar de Tebes, con diez mulas; y en anocheando, en una cuesta que tienen los de Linares para cazar acémilas y coches nos quedamos atollados. No hubo locura que Febrero no ejecutase en nosotros... Estaba la cuesta toda llena de hogueras y hachones de paja, que parecía que habían puesto fuego

á los olivares del lugar. Oíanse lamentos de harrieros en pena, azotes y gritos de cocheros, maldiciones de caminantes. Los de á pie sacaban la pierna de donde la metieron, sin media ni zapato, y hubo alguno que dijo: "¿Quién descalza "allá abajo?..." Desta suerte nos estuvimos cuatro horas hablando de memoria, hasta que el Almirante envió gente que nos redimiese del cautiverio en que estábamos..."

El viernes 16, día de furiosa ventolera, fué el Rey á comer á cuatro leguas de Linares, en la quinta llamada de Cristóbal Cacho, y luego, tres leguas de allí, á dormir á Andújar, donde entró con poquísima gente, y se detuvo sábado y domingo. "Llegamos tarde á Andújar, sin luz ni guía—escribió desde allí Quevedo—, donde hoy nos hemos detenido, por la gran creciente del Guadalquivir, y mañana, porque no se sabe de las acémilas y del carruaje. El Duque del Infantado se quedó en Linares, por haber caído su litera y aporreándose. El Patriarca no parece, y le andan pregonando por los pantanos..." Y después de proseguir la caminata el lunes 19 por Aldea del Río (cuatro leguas), fué el Rey á dormir al Carpio (tres leguas), con agua y granizo. Allí se detuvieron los expedicionarios casi todo el martes de Carnestolendas, que hizo muy buen día, y les obsequió el Marqués del Carpio con una hermosa fiesta de toros y cañas. Fueron á dormir al bosque de Adamuz (legua y media), del propio Marqués, desde donde el miércoles 21 fué el Rey á

tomar la ceniza y á comer en San Francisco del Monte (legua y media), y á la tarde volvió á Adamuz monteando, para caminar el jueves 22 á las ventas de Alcolea y llegar á la ciudad de los Califas por la tarde temprano, ó sea, en junto, cinco leguas.

Entró el Rey en Córdoba en coche y permaneció allí cuatro días. El Obispo le regaló 12.000 escudos, y don Antonio de Córdoba siete caballos con aderezos de campo. Hubo luminarias, y el postrero de estos días, lunes 26, toros y cañas. El martes 27 comió en la venta del Arrecife (cinco leguas), y éste fué el primer sitio, desde la salida de la Corte, "en que comieron los señores todos en el campo, en sus coches, y la gente repartida en ranchos". Y fué á dormir á Écija (cuatro leguas), donde aquella noche hubo una máscara muy lucida. El miércoles 28, á la Monclova (cinco leguas), y allí salió á besarle la mano el Duque de Arcos, con mucho acompañamiento, "y regaló á S. M. ocho caballos y seis mulas de tiro"; y el jueves 29 la regia comitiva fué á comer no lejos de Carmona, y á dormir al convento de San Jerónimo, media legua de Sevilla.

Don Felipe IV entró en la opulenta metrópoli de Andalucía la tarde del viernes primer día de Marzo, "de la forma que en Córdoba; pero con las mayores galas y más ricos bordados que ha ocasionado la flota. Estaba la ciudad regocijadísima y vistosa de gentes y aliños: las calles, todas llenas de milicia la más luzida y la más rica que

la paz ha visto, y no menos diestra que la tiene la guerra... Detúvose allí S. M. los onze días siguientes, entretenidísimo con el río y las visitas de algunos conventos de notables edificios; dió audiencias y despachó mercedes los más días, y la ciudad tuvo los quatro primeros grandes invenciones de fuego, y el quarto las acompañó con una máscara. En lo demás, bastó Sevilla para fiesta: hizo servicio á S. M. de 30.000 escudos, librados en la venida de la flota."

En miércoles 13 de Marzo salió de Sevilla por el río, y antes se dividió su casa en tres partes: una, que le acompañaba; otra, que iba por tierra con el Duque del Infantado, á esperarle en el palacio de Lomo del Grullo, cerca de Huévar, y la tercera, que con todo el resto de la gente iba por otro lado, á esperar en el Puerto de Santa María. Fué el Rey en las falúas cuatro leguas hasta Coria, donde le esperaba con sus galeras el Duque de Fernandina; en ellas comió, y prosiguió río abajo para desembarcar en la Torre de Benahabón y dehesa de Huévar, desde la cual fué dos leguas monteando, hasta el palacio de Lomo del Grullo, casa y bosque real. Allí esperaba con la cena el Duque del Infantado, que había ido desde Sevilla por Aznalcázar y Villamanrique, y allí, el jueves 14, fué á besarle la mano, con grande y lucidísimo acompañamiento, don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, conde de Niebla, y á entregarle una carta de su padre el Duque de Medina Sidonia, que, tullido desde el 10 de Febrero, ma-

nifestaba por escrito al Rey el desconsuelo con que quedaba por no poder cumplir en persona, como apetecía su voluntad, las obligaciones de buen vasallo.

En resolución, el Rey, después de matar en el bosque de Lomo del Grullo un grandísimo jabalí que le tenían ojeado, y de comer el viernes 15 á dos leguas de allí, en la ermita de las Rocinas (la celebradísima de la Virgen del Rocío, en término de Almonte), no sin dejarse atrás herido un uñeto, tras el cual había andado algunas horas, partió hacia el Bosque de Doña Ana (dos leguas), en donde, como verán mis lectores, esperábanle un espectáculo, un derroche y una magnificencia harto más propios de un cuento fantástico de las *Mil y una noches* que de la realidad viviente y tangible.

IV

FELIPE IV EN EL BOSQUE DE DOÑA ANA

De la grandeza y lucimiento con que el Duque de Medina Sidonia festejó á don Felipe IV y á su séquito en el famoso Bosque de Doña Ana hay, como de cosa que se admiró y celebró mucho en todo el reino, diversas relaciones contemporáneas, casi todas reimpresas modernamente, en ediciones de veinticinco ó cincuenta ejemplares, ya por el señor Duque de T'Serclaes, ó ya por don

Francisco R. de Uhagón, marqués de Laurencín. La mejor de ellas, por más noticiosa, es, sin duda, la intitulada *Bosque de Doña Ana á la presencia de Felipe Quarto...*, é impresa en Sevilla (1624) sin nombre de autor; pero que averiguadamente fué escrita por el insigne poeta antequerano Pedro Espinosa, capellán del Duque en su templo de Nuestra Señora de la Caridad, de Sanlúcar de Barrameda. De este opúsculo, y, en general, de mi reciente libro acerca de Espinosa, entresacaré y extractaré lo que necesite para el presente artículo, último de la serie que me propuse escribir.

Fué don Manuel Alonso Pérez de Guzmán, octavo duque de Medina Sidonia, un hombre de vasta cultura, generoso, modesto, afable, y de carácter melancólico. Cuando su suegro el Duque de Lerma era de hecho más rey que el mismo rey Felipe III, don Manuel, hastiado de la Corte, se retiró á la tranquilidad de su villa de Huelva. Todas las honras y preeminencias del mundo no pudieron nada contra aquel bien templado espíritu, que, como dije en otro lugar, "sabía más que merecer los premios, pues se ejercitaba victoriosamente en la doble y difícil práctica de merecerlos y despreciarlos... Gustaba más de acompañarse con sus libros y sus propios pensamientos que de alternar con gentes frívolas; y anteponiendo lo sanamente útil á lo deleitoso, prefería los autores en cuyos escritos hay más fondo que forma, más fruto que flor, verbigracia, Focílides, Epicteto, Séneca, el Libro de Job y los

Sapienciales... Escribía excelentes versos, y, lo que es más, gustaba de proteger á quienes al estudio y ejercicio de las buenas letras dedicaban sus vigiliass." Él fué quien, para corresponder á la fineza del poeta López de Zárate, que en 1619 le había dedicado su libro de *Varias poesías*, le regaló tantas monedas de oro cuantos versos tenía el volumen. ¡Y tenía, si no he contado mal, tres mil setecientos setenta y cuatro!

Luego que aquel admirable prócer, á 5 de Febrero, tuvo aviso de que el Rey visitaría sus estados, mandó fabricar en el Bosque cuanto era menester para hospedar con decoro, y aun con gran lujo, al Monarca y á cuantas personas le acompañasen. El plazo era corto; el tiempo, malísimo; el transporte de materiales y bastimentos, harto dificultoso, pues se había de hacer juntamente por tierra y por agua; y, como para que en los principios nada sucediese bien, el Duque, á 10 de Febrero, amaneció tullido, sin movimiento en la pierna izquierda. Nada, empero, arredró aquella firmísima voluntad de estoico, y, mandando al Bosque á su mayordomo y á sus maestros de obras con cuatrocientos hombres y gran número de caballerías, se renovó la amplia casa que había allí y se aderezaron con ricos tapices treinta aposentos, levantándose muchas nuevas dependencias, tales como una caballeriza para doscientos caballos, cochera para los coches de S. M. y de sus acompañantes, granero para 2.000 fanegas de cebada, pajar y guadarnés de ciento diez y seis

varas de largo, dos cocinas arrimadas á lo antiguo, de ciento veinte pies cada una, un gran horno y un guardamangel de ochenta varas. Para el Duque y sus acompañantes dispusiéronse aposentos en lo que llamaban *el Hato*, que se componía de las seis casas de los vaqueros, no lejos del palacio ó casa principal, las cuales se aderezaron con costosas tapicerías, labrándose enfrente una caballeriza de ciento cincuenta pesebres, guadarnés, cochera, pajar, granero, cocinas y horno. Armáronse además diez y seis tiendas, once junto al palacio, entablados los suelos, y ricamente adornadas de colgaduras y camas, sillas y bufetes. Hiciéronse también para dormitorios dos barracas, la una de setenta y la otra de cincuenta varas de largo.

Enumerar lo que se llevó al Bosque para estas obras y para proveerlo de mantenimientos sería demasiada prolijidad para un artículo. He aquí sólo algunas particularidades, y por ellas se formará idea de lo demás. Envió el Duque al Bosque, entre otras muchas cosas, 8.000 tablas; 1.500 pinos; 100 velas de navío; 60.000 clavos; 700 fanegas de harina de flor; 100 para los perros de S. M. y el Duque; 80 botas de vino añejo; 10 botas de vinagre; 200 jamones de Rute, Aracena y Vizcaya; 400 arrobas de aceite; 300 arrobas de uvas, orejones, dátiles y otras frutas; 100 tocinos; 600 arrobas de salmón, atún de ijada y pescados; 50 arrobas de manteca de Flandes; 1.000 barriles y botijas de aceitunas; 100 arrobas de azúcar y

otras tantas en pilones; 50 arrobas de miel; 200 arrobas de cajas de conservas, cubiertos y almirantes; 4.000 bujías y 4.000 velones; 12 cargas de palmitos de Meca; seis árboles grandes de navío y 60 berlingas, para los fuegos de artificio... Para la cocina se cortaron 4.000 cargas de leña y se llevaron 4.000 arrobas de carbón. De la villa de Huelva se enviaron 500 barriles de escabeches de lenguados, ostiones y besugos, sin otros 1.900 que habían llevado de Sanlúcar, y sin 1.400 pastelones de lampreas y gran número de empanadas que se fueron haciendo en el Bosque. Y todo á este tono.

Además, se previno á las autoridades de Huelva que desde luego (y así, esto duró diez y seis días, ó sea desde doce antes de llegar el Rey) hiciesen pescar y mandasen diariamente, por medio de harrieros, veinte cargas de pescado, cada una de á quince arrobas, y otras ocho cargas habían de mandar desde Almonte. Y pues entonces estaba en toda su fuga la costumbre de beber frío, de Ronda habían de llegar cada día seis cargas de nieve, en cuarenta y seis acémilas, repartidas en diferentes puestos, para que la nieve no parase en ninguno. Mandó asimismo el Duque que toda la caza que se matase en veinte leguas á la redonda la enviasen al Bosque, "y que no se matase ninguna en él, por no escarmentarla". Del Condado de Niebla y de Sanlúcar llevaron 100.000 huevos. Con razón, pues, escribía *el Doctor Thebussem* que las célebres bodas de Camacho fue-

ron penitencia de monje y parvedad de anacoreta si se comparan con la pasmosa sobreabundancia de mantenimientos que el Duque juntó en el Bosque, bastantes para hartar, no ya á la corte de España, sino á todas las de Europa.

Cuando el Conde de Niebla, con lucidísimo acompañamiento, fué al palacio de Lomo del Grullo á entregar al Rey la carta del Duque, convino con el Conde de Olivares que al siguiente día, viernes 15, los monteros de á pie tuviesen ojeados algunos jabalíes, para que S. M. pudiese correrlos cuando pasase al Bosque de Doña Ana; pero, aunque esta diversión apenas tuvo efecto, por haber llegado tarde el Rey, túvolo el regalarle el Conde de Niebla, en nombre de su padre, para sí, para el Infante y para los señores que les acompañaban, doce hermosos caballos, con sus aderezos de campo, algunos, bordados de oro sobre ante y gamuzas; otros, de cordobanes diversos, y los dos destinados para S. M. y S. A., cubiertos con tellices de terciopelo verde, bordados con cortaduras de tela naranja y torzales de oro. Además, les regaló doce lanzas, "las dos de las personas reales, de juncos de Indias, guarnecidas de oro, y de plata las demás".

Entretúvose el Rey aquella tarde en ver cómo los sabuesos mataban un jabalí y cómo los galgos corrían una banda de gamos, y al anochecer, haciendo entrar en su coche al Conde de Niebla, caminó al palacio del Bosque, en donde, luego que hubo descansado un poco, quiso ver los arti-

ficios é invenciones de fuegos que le habían prevenido. El castillo de pólvora tenía cincuenta pies de altura y nueve varas de diámetro, con dos órdenes de corredores; en el primero estaba un gladiador jugando con dos espadas, y en el segundo, de más arriba, se representaba "el hecho de don Alonso Pérez de Guzmán en Tarifa, y por remate una jarra muy bizarra, de que salieron juntos innumerable suma de cohetes voladores". Había también una sierpe con mucha máquina de cohetería, un hombre sobre un carro de fuego, y otros dos que tornearon en una batalla de gran cantidad de cohetes.

Acabada esta diversión y la cena, el Rey y los señores se recogieron á descansar y cada cual encontró en su aposento una gallardísima prueba más de la magnificencia del Duque. "En el de S. M. había una caxa grande de plata, grabadas las armas reales, forrada por de dentro en cuero de ámbar, con funda de lo mismo, cayrelada y con alamares de seda verde y plata, y dentro, cinquenta cordobanes, cien pares de guantes y cinquenta de faldriqueras, todo de ámbar; y dos caxas cuadradas, cubiertas y aforradas con cuero de ámbar, guarnecidas y cayreladas de seda verde y plata, la una llena de pastillas y la otra de pebetes, que toda la caxa valdría seys mil ducados." Y á este tenor, análogos presentes en el aposento del Infante y en los de los otros señores, guardadas las diferencias debidas.

Á las ocho de la mañana siguiente, sábado 16

de Marzo, el Rey dió á entender que gustaría de ver lidiar unos toros, y en menos de hora y media se hizo junto al patio el toril y se encerraron doce muy fieros, de los cuales fueron lidiados nueve. Toreó á caballo don Juan de Cárdenas, truhán del Duque, "entreteniendo de manera á S. M. en esta ocasión y en todas las demás, que se lo llevó consigo á Madrid". El Rey mató tres toros con el arcabuz, "y el Duque tuvo prevenidos los mejores conocedores de Andalucía, que á caballo torearon en el patio, haciendo muy buenos lances, y después derribaron en el campo algunos toros á vista de S. M." Por la tarde fué á montar con el Marqués de Castel Rodrigo y el Conde de Niebla, y mató con el arcabuz un jabalí. Mientras, los señores se entretuvieron en oír una comedia, que representó la compañía de Tomás Fernández y *Amarilis*, compañía que "el Duque tuvo por su cuenta en la ciudad de Sevilla desde el Miércoles de Ceniza, sólo para este efecto". Á la noche se representó otra comedia, y antes improvisó muchos versos Atilano de Prado. En esto y en oír á don Juan de Cárdenas y á *Cogollos*, otro hombre de buen humor y de ingenio, que entretenía al Duque, se pasó la noche hasta la hora de cenar y recogerse.

El Rey no salió del palacio en la mañana del día siguiente, domingo; mas por la tarde fué á la playa, al sitio de la Barrosa, donde vió á los pescadores echar un lance y se entretuvo en mirar las diferencias de pescados que cogieron.

Después fué á la laguna de Santa Olalla, en donde el Duque le tenía prevenidas tres barquetas y una falúa, "toda la popa dorada, proa y perfiles, y remos verdes, forrada toda por de dentro de tabí del mismo color". En ella se embarcaron con el Rey el Conde de Olivares y el de Niebla, que la gobernaba, dos ballesteros que cuidaban de las escopetas y otros dos tiradores del Duque, "quedando los demás con los monteros de á pie en las veras de la laguna, levantando la caza..." En las demás barquetas se embarcaron algunos de aquellos señores, y el Rey mató muchas piezas. Por la noche hubo nueva comedia en palacio. Tampoco el lunes 18 salió el Rey hasta la tarde; entretúvose un rato cazando en la laguna, y de allí se partió á montar. Corrieron un jabalí; acosáronlo con los sabuesos dos monteros del Duque, hasta echarle los lebreles, y, hallándose cerca S. M., lo mató con su cuchillo de monte, mientras se lo tenía por las orejas don Miguel Páez de la Cadena, de la servidumbre del Duque.

Al siguiente día, martes 19, el Rey con su comitiva caminó hacia la playa de Sanlúcar. En el puerto esperaba la galera real, y al entrar en ella el Rey, los navíos, el castillo y los baluartes y las torres le hicieron con toda su artillería muy grandiosa salva, que se repitió cuando acabó de comer y cuando salió de la galera para dirigirse á Sanlúcar, á visitar al Duque de Medina Sidonia. Este generosísimo príncipe, que llevaba cuarenta

días de cama, se había hecho vestir y bajar hasta el patio de su casa, en silla de manos; y, saliendo con mucho trabajo de ella, no sin el auxilio de otros señores, besó la mano al Rey, dándole gracias por la honra y favor que le hacía. Á la segunda meseta de la escalera bajó la Duquesa de Medina, á quien daba el brazo el Conde de Olivares; "y habiendo pedido su excelencia la mano, le quitó el sombrero S. M., y, descubierta, la levantó con particular agasajo y demostración, y pasó delante, siguiéndole mi señora la Duquesa, siempre del brazo del Conde de Olivares, hasta la sala de su estrado, donde S. M. se sentó en su silla, no permitiendo que se sentase la Duquesa sin traerle de otro aposento su almohada, porque en éste no había más que debaxo del dosel una silla para S. M.". Y después de hacer merced al Duque de cuatro hábitos para que los repartiese entre sus servidores, el Rey salió, besándole de nuevo la mano el leal súbdito, y caminó para dormir en el Puerto de Santa María, no sin que el espléndido señor de Sanlúcar, á última hora, le alegrara el viaje, ya que faltaba sangría que alegrar, con un donativo, en oferta, de 70.000 ducados, y, poco después, con "una rosa para el sombrero, de diamantes, de estimación de diez mil ducados, que supo había contentado á S. M."

Con tales prendas de amor de aquel gran vasallo, don Felipe IV regresó á Madrid, adonde llegó el 18 del mes siguiente, habiendo empleado

en todo su viaje sesenta y nueve días, de los cuales no caminó treinta y seis. En los treinta y tres restantes anduvo nada menos de doscientas ochenta leguas.

(A B C, 1-4 de Marzo de 1908.)

XXIX

LO QUE CHARLAN LOS PAJAROS

Aunque me encerrasen en sitio "donde sol ni luna entrara", como dice la coplilla vulgar, y aunque tampoco entrase en él, llevando aromas y sonidos, ni un soplo de la brisa campestre, yo conocería cuándo se iba acercando y cuándo era llegada la primavera. Conoceríalo en mi alma: en un sin fin de sentimientos vagos que se apoderan de ella y la sumen en honda melancolía al llegar la estación de las flores.

En la jerga mental que cada uno usa para entenderse consigo propio, yo, con desdén más simulado que real, llamo *niñerías* á esta mezcla de suaves añoranzas, vagas tristezas y anhelos indefinidos é indefinibles, porque, con efecto, en las unas y en los otros reviven toda mi niñez y toda mi adolescencia, tan remotas ya; pero *niñerías* y todo, me avasallan el espíritu y me lo llenan de nostalgia.

Una de las mejores cosas de que se componía: